

El Río

Juvencio Nava

*Por el Tajo se va al Mundo.
Más allá del Tajo está América
y la fortuna de quienes la encuentran.
Nadie ha pensado nunca en lo que hay más allá del río de mi aldea.*

*El río de mi aldea no hace pensar en nada.
Quien se encuentra a su lado, sólo a su lado está.*

(Alberto Caeiro (F. Pessoa): El guardador de rebaños)

El río siempre traía los sueños corriente abajo. Nunca supimos de dónde venían. Podía ser un balón de fútbol o varios tapones de corcho. A veces quedaba enterrado en la arena un dragón de plástico con las narices llenas de barro. Y revuelto a todo ello bajaban las esperanzas de los años que habían de venir.

Cuando las lluvias se alargaban más de la cuenta, el río gateaba por las escaleras que daban a nuestro balcón y los niños ansiosos soñábamos con la casa llena de agua sucia y con todo lo que entonces iba a cambiar.

El mismo río, distintas aguas. Los mismos niños y otros años. y otras gentes y otros sueños.

Acaso los mismos sueños en otros cuerpos.

¿Y cómo sabrán las aguas del Tajo si las arenas que lamen están en Toledo o en Lisboa? ¿Cómo sabrán si es Pessoa o es el último rey moro el que se mira en la orilla horas antes de perder Toledo? ¿O si Pessoa no está soñando sólo con el río de su aldea?

Quizá la angustia de las aguas es el ansia de la sal.

Océanos de sal por todas partes, una y otra vez y para siempre.

La tierra, la sal, el agua y los sueños.

¿Existe alguna otra cosa?

¿Y si existe dónde está y qué forma tiene?

¿Cómo sabe y quién me dirá que no huele a tierra también?

(...)

Los niños se quedan en la distancia. Ya apenas son siluetas extrañas que agitan los brazos a lo lejos. Y el tiempo ha hecho que las aguas ya tampoco se acuerden de sus rostros.

Ni de sus manos.

Ni de sus sueños.

De todo eso a las aguas ya apenas sólo les queda la sal.

